

muerte, y á tu amada madre María hasta el fin de tu vida! ¡ Ah! que para nuestra salvacion tu ejemplo no deje nunca de iluminarnos! Y Tú, oh Virgen divina, que recogiendo en tu corazon aquellas solemnes palabras de Jesús y meditándolas profundamente, sacaste tanto fruto de sublime sabiduría de la vida (1), repítelas frecuentemente con tu voz amorosa al oído de los tristes hijos de la tierra, para que adoctrinados por ellas, nos dispongamos á trabajar eficazmente en la santificacion de nuestras almas, en aquella santificacion que es el único fundamento de nuestras esperanzas para la consecucion de la gloria eterna. Así SEA.

## DÍA VEINTE Y SIETE.

### MUERTE DE SAN JOSÉ.

*In eo enim, in quo passus est ipse et tentatus, potens est et eis, qui tentantur, auxiliari.*

Ya que por razon de haber él mismo padecido, y sido tentado, puede tambien socorrer á los que son tentados.

(HEBR. II, 18.)

Bien que el alma del justo viva resignada á los decretos del Cielo, y, por consiguiente, cuanto acaece en el mundo le mueva á bendecir el santo nombre del Señor, que por caminos, con frecuencia, ocultos á nuestra vista, pero siempre sapientísimos y admirables conduce á fin la obra de su gloria; con todo, no por esto deja el justo tambien de sentir tan vivamente las desventuras y las miserias de este mundo, que no puede ménos, algunas veces, de derramar amarguisimas lágrimas. Pero esto, léjos de imputársele á culpa, es más bien

(1) LUC II, 51.

motivo de mérito en orden á la vida eterna, puesto que con sufrir y dolerse da á entender, que siente toda la amargura del cáliz que le ha sido dado á beber, el cual de buena gana y con ánimo resuelto acerca á los lábios. Lo que tiene lugar cuando los reveses del mundo, privándonos de los bienes de fortuna, nos reducen á la pobreza, y nos obligan á tener que solicitar de personas extrañas medios de subsistencia; ó cuando crueles enemigos, persiguiéndonos inicuaamente, nos obligan á comer el pan amasado en lágrimas; ó, finalmente, cuando la muerte, arrebatándonos las personas queridas con las cuales compartíamos las alegrías y las amarguras de esta vida, nos sume en desolacion, y nos deja completamente reducidos á nuestros propios recursos. ¿Y podríamos en semejantes casos, que repugnan al sentimiento de nuestra naturaleza, mostrarnos estúpidamente indiferentes, cuando vemos que Jesucristo, aunque Dios, al ver el cáliz que le presentaba su divino Padre, no pudo ménos de exclamar: «Aleja de mí, si es de tu agrado, este cáliz de dolor (1)?» Pero Él, que mostróse hombre, al mismo tiempo que era Dios, nos presentó y recomendó tambien el remedio, añadiendo: «Padre mio, no se haga mi voluntad, sinó la tuya (2).» En esas condiciones vamos á contemplar esta noche á María, que empieza ya á sacrificar sobre el ara preparada por Dios para la muerte de su Hijo, las más caras y dulces afecciones de la vida. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Vimos en el precedente discurso, que José y María, habiendo hallado, finalmente, despues de tantos afanes del corazon, á Jesús en el Templo en medio de los doctores de la ley, regresaron á Nazareth, donde permanecieron otros diez y siete años, quizás los más bellos para María durante su peregrinacion por la tierra. Una paz inefable la hizo, durante ese tiempo, verdaderamente bienaventurada, libre como estaba y tranquila en la contemplacion y adoracion de su Dios; de aquel Dios que le era Hijo, la llamaba con el dulcísimo nombre de Madre, obedecía á sus menores indicaciones, y que con solo dirigirle una mirada ó una palabra, la elevaba sobre sí misma en la contemplacion de profundísimos misterios; sobre todo, del misterio de su Encarnacion, y el de la próxima Redencion del mundo. En todo ese tiempo Ella no experimentó contradicciones, porque Jesús, su Hijo, el más bello de todos los hijos nacidos y por nacer, llevaba durante aquel tiempo una vida oculta y meditativa en su pátria, donde Ella pudo,

(1) LUC XXII, 42.

(2) LUC XXII, 42.

por lo mismo, admirar su gracia y su dulzura con toda comodidad, instruirse con sus palabras, é informarse cada día más de los misterios de la divina sabiduría; palabras que Ella acogía solícita en su corazón, y con santo celo las conservaba. Así es, que, durante ese tiempo, era cada vez más, según la mística expresión de la Iglesia (1), la flor del Carmelo, la azucena de los valles, el cedro del Libano, el ciprés de Sion, la palma de Gades, el hermoso olivo de los campos, el plátano que crece junto al agua, la mirra escogida, y el cinamomo oloroso, del cual subía al Cielo continuo y virginal perfume!

Esa vida, hermanos míos, aunque oscura y del todo desconocida á los hombres, no por esto era ménos grande y gloriosa en presencia de Dios; muy al contrario, era ese su principal mérito, porque con ella preparábase la Virgen, si puedo decirlo así, para dejarse ver después como modelo de todas las edades, de todos los estados, y en particular, del sexo llamado devoto, tipo supremo, después de su Hijo, de verdadera perfección; de aquella perfección, digo, que no consiste en acciones singulares y de aparato, que atraen á sí los aplausos de la gente, sino más bien en el constante y cotidiano ejercicio de los quehaceres comunes de la vida, y en el fiel cumplimiento de las propias obligaciones en cualquiera condición; semejante al límpido y tranquilo riachuelo, que si bien se oculta serpenteando entre los ribazos del monte y en las sinuosidades del valle, no obstante, siguiendo tranquilo su curso, humedece las alas del vienteillo que encrespa sus aguas, rinde tributo de amor á la planta que lo protege con su sombra, consuela el silencio y la soledad de la campiña, y alegra al pastor y al rebaño que van por la tarde á apagar en él su sed y á reposar en sus márgenes.

Me parece muy del caso dirigir aquí algunas palabras á aquellas madres de familia, que no tienen indicio alguno de las virtudes domésticas de María, especialmente con respecto al amor de los hijos. Y, no obstante, no sé si puede existir para el corazón de una buena madre, cuidado más dulce que el de atender á los frutos de sus entrañas. La inocente serenidad de sus rostros, la alegría de sus actos, la candorosa sencillez con que entran, por decirlo así, en el torbellino de la vida; este solo angélico encanto basta para formar sus continuas y dulcísimas delicias. Y, sin embargo, hay madres que no quisieran nunca vérselos cerca, y para librarse de ellos, les obligan á salir de casa, para que, abandonados á sí propios, pasen el tiempo en las plazas y

(1) *In officio B. V. M.*

calles, es decir, en la escuela de toda suerte de vicios y de perversas costumbres. En verdad que no sabría como calificar este modo salvaje con que tratan á la propia sangre. ¡Cómo! ¿Es posible, acaso, que á una madre le canse la sonrisa de aquellos angelitos, siempre prontos, desde que abren sus ojos á la luz, á corresponder á sus ternuras y caricias? ¡Oh madres de familia! si hubiera aquí alguna que se pareciese á tales madres, le preguntaría: ¿piensas parecerle á la Reina de las madres, María, que no conoció en el mundo otro atractivo que el de su dulce hijo Jesús?

Y con su continua conversacion con Jesús, aprendió la Virgen aquella paciente é indecible mansedumbre, que Él, más tarde, supo tan dignamente hermanar con el esforzado carácter de Legislador y de Profeta; y aquella compasiva misericordia, que templando en Él la cólera de Dios irritado, le convertía en modelo perfecto del hombre justo, y el sostén de la pecadora humanidad; y aquella ternura tan ingénuamente para con los niños, con que durante su divina misión los acariciaba y bendecía tan cariñosamente: por cuyo motivo hubo siempre entre la Madre y el Hijo la más recíproca correspondencia; la Virgen imitando cada día más las virtudes del Hijo; y el Hijo invistiéndola de sus rayos divinos, con los cuales formaban, por decirlo así, una sola vida y una sola fragancia de gracia celestial. Y, en efecto; Jesús no olvidaba que á Ella debía la sangre que dentro poco había de derramar generosamente por la salvación del mundo; y por lo cual todos los afectos que el soberano autor de la naturaleza inspira en el ánimo de los hijos, todos los concentró en la persona de su Madre, amándola con todo su amor, y suspirando por el momento en que participará de toda su gloria; hablo de la gloria del inefable prodigio de la Redención universal. Pero intento en vano, hermanos míos, describir lo que debió ser la vida de la Virgen durante los diez y siete años que vivió retirada en Nazareth con José y su hijo Jesús. Es un punto histórico digno de meditarse; y quien sepa hacerlo, estoy cierto quedará sumergido en un océano de luz, de misterios y comunicaciones que no puede expresar la palabra humana. Así como estoy cierto, que meditándolo, es imposible no nos llene de horror la vida turbulenta del siglo, que desarrollándose en continuo desorden de toda suerte de pasiones violentas, acaba muchísimas veces con la desesperación.

Pero decretado estaba, hermanos míos, que María experimentase un intenso dolor con la pérdida de su dulce esposo José; de aquel que tanto la había amado, y á quien miraba más como á padre que como á esposo; el hombre de la antigua fé y de la sencillez pa-

triarcal, que el Espíritu Santo ha honrado con el título de justo (1). Suele decirse entre esposos cristianos, y es verdad, que la mujer, á la muerte de su marido, pierde la mitad de su alma, puesto que á sus ojos la vida ya no tiene encanto, y su único suspiro es el Cielo. Y, ciertamente, el no oír ya en la casa aquella voz que por tantos años sonó dulce á nuestro oído; el hallarnos solos, como en un desierto, donde ántes vivíamos acompañados y contentos, sin esperanza de que aquella santa union y amistad pueda reemplazarse, puesto que las segundas y terceras nupcias, supuesto que se contraigan, no dan nunca á un tierno corazón lo que perdió con la muerte del primer marido; es cosa cuyo solo pensamiento desgarrá profundamente el alma, y casi hace desear el sepulcro. En tal estado se hallaba María. Jesús rayaba á los veinte y nueve años, y bien pronto debía separarse de Ella para ocuparse exclusivamente de las cosas relativas á la gloria de su Padre, como ya lo había anunciado en el Templo á la edad de doce años. Por consiguiente, solo podía esperar que José continuara siendo la sombra protectora de su casa; y éste iba á pagar su tributo á la muerte. ¡Oh María! vas, pues, á quedar ahora sola en el mundo como la palmera del desierto, contra la cual se levantarán y enfurecerán vientos y furiosas tempestades, sin tener á quien dirigirte con toda confianza en tu dolor! Pero Ella, bien lo sabeis, había desde largo tiempo aprendido el arte sublime de resignarse á la voluntad divina: y sea cual fuere el vaso que le esté preparado, lo apurará hasta las heces.

Desde algunos meses notábase claramente, que José iba perdiendo sus fuerzas: pálida la frente, macilento el rostro, lánguida la mirada, tardía la palabra, con todos los demás señales que anuncian al hombre su próximo fin. La Virgen, cual amorosa paloma, lo sentía en el alma: pero el hombre de Dios no temía la muerte, ántes le sonreía como el ángel de su próxima liberacion. ¿Qué podía angustiarse? ¿Las riquezas? no las había poseído nunca: ¿los honores? no los había nunca buscado: ¿los placeres mundanos? jamás los había conocido: por el contrario, su mision había sido una mision de grandes sacrificios y de durísimos padecimientos. Lo único que le oprimía el corazón era separarse de María y de Jesús, delicias de su corazón, que amaba con afecto sobrenatural; con un afecto que nosotros somos incapaces de comprender por ser divino. Sin duda que esta separacion debió causarle un inmenso dolor: dejar á María, cuando debían serle más necesarios que nunca su ayuda y apoyo; dejar á Jesús,

(1) MATTH. I, 19.

cuando iba á dar principio á su grande y difícilísima mision en el mundo. Pero el grande heroismo de los siervos de Dios consiste, precisamente, en la resignacion á la voluntad divina, en el momento en que, segun los juicios de la prevision humana, parece no haber aún llegado el tiempo más oportuno para el sacrificio de la vida. ¡Ah! ¿conocemos acaso nosotros lo que redundá en bien de nuestra alma, estando, como estamos, tan ciegos y dominados siempre de pasiones terrenas?

Así se portó José, sacrificando á Dios los más caros y santos afectos de su corazón. Conoció que se le acercaba la muerte, y hallose pronto y dispuesto á recibirla como un don de Dios. Ahora debo confesaros, que me siento incapaz de describir esta escena de los últimos momentos del venerable Patriarca. Yo me imagino, que no pudiendo ya proferir ninguna palabra, dirigiría sus miradas moribundas á María, la cual, divinamente afligida, estaba sentada á su lado para recomendarle al hijo Jesús, quien colocado al lado opuesto, le señalaba el seno de Abraham: indicando José estar resignado, y solo lamentándose de tener que separarse de él, cuando iba á padecer persecuciones, afrentas, traiciones, blasfemias, azotes y muerte en cruz. Mas ¿qué intento yo? Solo la Virgen, ó el mismo Jesús, que presenciaron la muerte de José, podrían describirnosla. No obstante, no creo engañarme si os digo, que con vision profética vió, ántes de espirar, la terrible Pasion y futura muerte del amado Jesús: digo, que la vió, para que su mérito fuera digno del mérito de su celestial compañera, la cual asistiendo en persona en aquella terrible tragedia, merecería ser la Reina de los Mártires, y cuya virtud había de causar admiracion á todas las generaciones humanas. Sí, hermanos míos; creo que José, ántes de entregar su alma á Dios, vió á su amado Jesús conducido á la cumbre de un monte, como cordero en medio de lobos rabiosos; viole como le azotaban, como desgarraban sus carnes, como le extendían sobre la cruz, y luego le vió levantado sobre el patíbulo. Y al pié del patíbulo vió, ¡qué vista tan dolorosa! vió á una Mujer más sublime que los Angeles, pero embestida por una tal tempestad, que gemía por ello toda la creacion: y vió á su pueblo herido por la ira tremenda de la justicia de Dios; el Templo destruido, el sólio abatido, violados los sepulcros, y esparcidas al viento las cenizas de sus padres. Vió... ¡oh terrible espectáculo! Pero en este instante Jesús le bendijo, y su alma pasó á descansar en el seno de Abraham. Tal fué, en mi concepto, la muerte del esposo de María y del padre putativo de Jesús, que la Iglesia nuestra madre nos presenta con tan fino discernimiento de piedad, como protector de los pobres agonizantes:

muerte verdaderamente santa, pero llena de sacrificios intensamente dolorosos para que viéramos, que también él había cooperado, cuanto convenía á su dignidad, á la obra admirable de nuestra redención.

¿Cómo expresar aquí el dolor que desgarró el alma de la Virgen, al extinguirse aquella vida tan cara y preciosa? Y es de creer que también sintiólo profundamente el corazón de Jesús, y que le lloró con su Madre cual se llora al amigo, al bienhechor, al padre. ¡Ah! la sagrada Familia es ya ménos numerosa, tal vez más pobre, y la casa se verá casi desierta, no quedándole á la Virgen más que Jesús, y á Jesús más que su dulce madre María. En cuanto á José, debemos decir que su fin no pudo por cierto ser más dichoso: acabó gloriosamente su carrera, y nada más tuvo que desear. No cabe duda que más ruidosa que la de José fué la vida de los Nabales de Galilea, y más espléndido su cortejo fúnebre; pero ¿cuál de éstos podía gloriarse de haber sido padre putativo del Hijo de Dios, esposo y custodio de su divina Madre, y, finalmente, de haber tenido en la hora de la muerte el consuelo de la real presencia en divina y humana naturaleza del Señor del universo, y de la más pura y santa de las criaturas, la Virgen María? ¿Y quién más que él fué al seno de Abraham con tan dulces esperanzas, dejando unido á su nombre el título de *justo* por excelencia? No nos engañaremos si decimos, que las honras fúnebres fueron pobres y oscuras, juzgando por las apariencias humanas; pero tan espléndidas y sublimes en presencia del Cielo, que no habrá otras que puedan jamás parangonarse con ellas, ni mucho ménos sobrepujarlas.

Habiéndoos manifestado ya, hermanos míos, los motivos del culto que debemos á este insigne Patriarca, al cual, en nuestros últimos días, la Iglesia ha proclamado sólemnemente su especialísimo protector; permitidme que, con las palabras de Santa Teresa, os exponga aquellas por las cuales debemos estar seguros de su Patrocinio. «Apénas me ví, dice ella, me ví tan tullida, y en tan poca edad y cual me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir á los del Cielo, para que me sanasen; y tomé por abogado y señor, al glorioso san José, y encomendéme mucho á él: ví claro, que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra, y pérdida de alma, este padre y señor mio me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa, que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así del cuerpo, como de alma: que á otros Santos parece les dió el

Señor gracia para socorrer en una necesidad, y este glorioso Santo, tengo por experiencia, que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar; así en el Cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras personas, á quienes yo decía se encomendasen, también por experiencia: ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer celebrar su fiesta con toda la solemnidad que podía... Querría yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona, que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la crea más aprovechada en la virtud, porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Páreceme há algunos años, que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la petición, él la endereza, para más bien mio. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que me ha hecho este glorioso Santo á mí, y á otras personas. Solo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca, y tenerle devoción; en especial personas de oración siempre le habrían de ser aficionadas. Que no sé como se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias á San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallase maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino (1).» ¡Ojalá! hermanos míos, que estas palabras, para vuestro bien, os hiciesen particularmente devotos del inclito Patriarca.

Nosotros te saludamos, sublime Patriarca de la nueva ley de gracia, glorioso San José; y admirando tu vida y muerte, ambas llenas de dolorosos sacrificios, y, por consiguiente, de méritos, no solo grandes, sino del todo singulares, te suplicamos, en primer lugar, que nos alcances de Dios la gracia de imitar las solemnes virtudes que te hicieron tan admirable en el Cielo y en la tierra, por cuyo motivo no hay lugar donde tu nombre no sea sólemnemente bendecido de cuantos son hijos de la Iglesia. Y puesto que ésta te ha declarado, tan oportunamente, por especial protector de los agonizantes, cuando llegue la hora de nuestra muerte, dignate, juntamente con Jesús y María, venir á asistirnos en nuestros postreros instantes, y á acompañar

(1) Santa Teresa, *Vida escrita por ella misma*, cap. VI.

nuestra alma hasta el supremo tribunal del Eterno, á cuyo pensamiento temblaron aún los Santos, para defender allí la causa de nosotros, pobres pecadores, que sólo ponemos nuestra esperanza en los méritos infinitos de la sangre de Jesucristo, en tu proteccion y en la intercesion de tu amada esposa María. Y ¿qué podrá negarte Jesús, que te reconoció y honró como á su padre putativo, y quiso participases de su mision y de su gloria? ¡Oh! sí, José, intercede por nosotros para que alcancemos la salvacion! Y ruega al mismo tiempo por tu Iglesia, que decretándote mayores honores en nuestros dias, te ha declarado su especial protector y defensor en las terribles batallas que sostiene contra el Infierno: ruega que, apaciguada la tempestad, reine la paz; la paz, que solo puede dar al mundo el reposo y la felicidad que busca, cual es la paz que nace de la luz y de la gracia de Aquel que nos redimió, y que en vano la buscaríamos fuera de este camino: ruega, pues, que nos arrepintamos, y volvamos á las plantas del dulce Jesús, pidiéndole perdon de nuestros enormes extravíos: entónces cesarán las luchas, y bendeciremos el momento de haber vuelto á Él; y así, bienaventurados en su amor en la tierra, suspiraremos por el dia en que podamos verle y estar con Él todos unidos, y eternamente felices en el Cielo. Así SEA.

---



---

## DIA VEINTE Y OCHO.

---

### MARÍA EN LAS BODAS DE CANÁ.

*Tum venit Jesus a Galilea in Jordanem ad Joannem.*

Por este tiempo vino Jesús de Galilea al Jordan en busca de Juan.

(MAT III, 13.)

Nada hay que apegue tanto al hombre á la vida presente como las riquezas, la gloria, el fausto y los placeres; ni nada que le desapegue de ella con más eficacia, cómo el verse, poco á poco, privado de aquello que lisongea los sentidos, la imaginacion y los afectos del corazon. Ved á Salomon, el más glorioso monarca de la tierra, dotado por Dios de sublime sabiduría (1), y muy venturoso y feliz en la gloria de las empresas y en la prosperidad del reino (2): pues bien, las riquezas que le fueron concedidas, le sedujeron de tal modo, que abandonado finalmente á los placeres de la carne y al pecado, acabó miserablemente sus dias (3). Más desgraciado aún fué el rico Epulon, del cual nos habla el Evangelio (4); y cuantos nadaron en los goces de la prosperidad y de los sentidos, acabaron desgraciadamente: por la mañana empináronse como los cedros del Líbano, y por la noche ya no existian. Por el contrario; contemplad á Job, el cual poseía tambien numerosos rebaños, y era padre de una numerosa y escogida descendencia; no le faltaba nada de cuanto podía desear su corazon; ¿quién sabe si por esto mismo corrió peligro de enorgullecerse? Dios, pues, permitió, que fuese despojado de cuanto poseía; y, además, agobiado de tantas otras desgracias y dolores, que hasta sus

(1) III REG., III.

(2) IBID. X.

(3) III REG. XI.

(4) LUC. XVI.